

El Evangelio es del cap. 14 de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas: Si alguno viene á mi, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con que acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no

pudiendo concluirla, no diga todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿qué rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego si puede presentarse con diez mil hombres, al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy léjos, le envia embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

De los motivos que tenemos para trabajar incesantemente en el negocio de nuestra salvacion.

PUNTO PRIMERO.—Considera cuanto hizo Dios por nuestra salvacion. Podia parecer que su felicidad dependia de la nuestra, segun lo afanado, por decirlo así, y lo ocupado que se muestra en solicitarnos nuestra bienaventuranza. Admira las menudencias á que descende Jesucristo en todas las lecciones que nos da en su sagrado Evangelio, singularmente en el de este dia; penetra su sentido, y pondera bien todas las palabras.

Habiendo criado Dios al hombre libre, haciéndole dueño de su corazon; ¿qué no hizo, y qué no hace para que voluntariamente se le entregue? Se le pide, le solicita, le aprieta, sirviéndose ya de promesas, ya de amenazas; nada omite para ganárselo. ¿Pero á qué fin tanto empeño, tanto apuro? Es porque pende de nosotros solos el perdernos, y Dios desea apasionadamente nuestra salvacion.

¿Hemos comprendido bien alguna vez el misterio de nuestra redencion? ¿Somos capaces de comprenderle? Echa Dios el resto, digámoslo de esta manera, para hacernos conocer cuanto nos ama, cuanto desea nuestra eterna felicidad. ¿Hubiérase podido

jamás imaginar que Dios se hiciese hombre, solo por salvar á los hombres? Con todo eso obró Dios esta maravilla; y siendo tan grande; todavia le pareció poca para empeñarnos en amarle. Quiso que treinta y tres años de una vida llena de pobreza y de trabajos se terminasen con la muerte mas cruel. ¡Tanto vale nuestra alma; todos los trabajos, toda la sangre, la vida y la muerte de un hombre Dios! A mucho menor precio, es así, pudo comprarla; pero no quiso dar menos. Jesucristo cubierto de oprobios; Jesucristo despedazado á azotes; Jesucristo espirando en un madero; todo esto costó nuestra alma: ¿será poca cosa perderla?

No juzgó Dios que compraba muy cara nuestra salvacion, haciendo todo lo que hizo; ¿y nos parecerá á nosotros que hacemos demasiado por ella? ¿Pero quién podrá jamás hacer demasiado para salvarse? ¿Qué interés tiene Dios en que nos salvemos? Y con todo eso, ¿podiera hacer mas aunque tuviese el mayor? Y nosotros (qué te parece) ¿tendremos algun interés en salvarnos? ¿Pero podemos hacer menos?

En este mismo punto hay en el infierno millones de millones de almas rabiosas y desesperadas por no haber hecho lo que todavia puedo hacer yo; y yo mismo rabiare, y me desesperaré con ellas si no lo hubiere hecho. ¿Qué otro motivo es menester para trabajar en esto incesantemente y sin intermision? Todos queremos levantar la gran fábrica de nuestra salvacion, sin echar la cuenta del coste que nos ha de tener. ¡Oh, qué imprudencia! ¿S. Bonifacio, y todos los demás Santos, no hicieron mas que lo que hacemos nosotros para salvarse? ¿Estarian hoy en el cielo si no hubiesen hecho mas? ¡Mi Dios! ¡qué materia esta para grandes reflexiones!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que todas las cosas nos son motivo para trabajar en nuestra salvacion; todas nos persuaden que debemos trabajar en ella incesantemente, sin descanso y sin levantar la mano de la labor. La multitud de los estorbos, la frecuencia de los peligros, la inconstancia de nuestro corazon, la ligereza de nuestro ánimo, la velocidad del tiempo, el corto número de nuestros dias, la brevedad de la vida; todo nos clama, todo nos predica que no tenemos negocio mas importante que el de la salvacion; que ninguno pide mas aplicacion ni mas zelo, y ninguno sufre menos dilacion.

Hemos dilatado hasta ahora el atender á este negocio; confesamos que nada ó casi nada hemos trabajado en él, no obstante los grandes motivos que hemos tenido para hacerlo, y en medio

de que muchas veces lo hemos resuelto y aun proyectado. Pero escusamos nuestra cobardía con varios pretestos, y la mayor de todas las razones es, que nunca hemos tenido voluntad eficaz. Mientras tanto pasáronse los días de nuestra vida: aquellos días que Dios nos dió para trabajar en nuestra salvacion; aquellos días contados: ya estoy tocando la sepultura con la mano; va declinando el día; acércanse las sombras de la noche; de aquella noche en que ya nada se puede hacer. ¡Y sin embargo, todavía dilato el trabajar en mi salvacion!

Gracias á Dios aun nos hallamos en estado de poder trabajar en ella. Estamos seguros de que este es el tiempo, y de que Dios nos brinda ahora con su gracia para hacerlo; la prueba son estas mismas reflexiones que hacemos y este mismo dictámen que formamos: ¿quién nos ha dicho que no sea este aquel importante momento de que pende nuestra predestinacion? Estoy seguro de que con el auxilio de la divina gracia puedo al presente asegurar mi salvacion eterna por medio de una sincera conversion; tengo grande motivo, por lo menos para dudar, que si ahora no me convierto, no me hallaré en estado de convertirme jamás. ¡Y tengo valor para diferirlo ni por un solo momento!

Por lo menos estimemos nuestra alma tanto como el demonio la estima. Seria justo que hiciésemos tanto empeño para salvarnos, como hace el demonio para perdernos. Es, sin duda, vergonzosa esta comparacion. Sin embargo, es mucha verdad que el demonio aprecia mucho mas nuestra alma, que lo que nosotros la apreciamos. No obstante de ser tan orgulloso y tan soberbio, se abate á las mas bajas, á las mas indecentes acciones solo por perder un alma; y por mas tiempo que ésta le resista, no por eso se da por vencido, ni se cansa, ni desiste, ni aun se acobarda. ¡Qué alerta está para tentarnos! ¡qué diestro en aprovechar las menores ocasiones de perdernos! ¡Mi Dios, será posible que hemos de aprender del demonio la estimacion que debemos hacer de nuestra alma! ¡y será posible que un cristiano necesite hacer esta reflexion para encontrar motivos que le inciten á trabajar seriamente en el negocio de su salvacion eterna!

¡Señor, si será esto porque vos no hicisteis todavía bastante para salvarme, y porque fuese menester buscar razones en otra parte para formar una justa idea de lo que vale mi alma! Averguénzome solo de pensarlo. Aquí, Señor, de vuestra gracia, porque estoy muy resuelto á no dilatar ni un solo instante mi sincera conversion.

JACULATORIAS. — No, Señor, no desampararé el propósito que hago de trabajar continuamente en mi salvacion. (*Job 27.*)

Comencé, Señor, desde hoy á guardar vuestra divina ley con fidelidad; no me confundais, y dadme el don de la perseverancia. (*Psalm. 118.*)

PROPOSITOS.

1 Poca razon, y aun poca religion es menester para convenir fácilmente en la importancia de la salvacion, en los poderosos motivos que tenemos para trabajar en ella sin dilacion, y en la insigne locura de los que dilatan este espinoso negocio para la hora de la muerte. ¿Pero de qué servirá esta confesion? Despues que tú mismo has condenado así tu insensibilidad en el punto de la salvacion, como tu cobardía y tu grande indiferencia; ¿qué fruto has sacado de todas las reflexiones que has hecho sobre tus desórdenes pasados, sobre el dictámen que formas al presente, y sobre los justos temores que te sobresaltan acerca de tu futuro destino? ¿Es posible que siempre te has de contentar con desaprobar tu conducta, sin pasar á reformarla? Comienza desde hoy á poner manos á la obra. Convencido ya del inestimable precio de tu alma, por lo mucho que ha costado, nada digas, nada hagas, nada emprendas, sin considerar primero si será ó no será en perjuicio suyo. Admirado de lo que hizo el Redentor del mundo por tu eterna salvacion, determina desde la mañana lo que has de hacer tú por ella en aquel día. Dices que no tienes tiempo para meditar, ni sabes tener oracion: pase; pero sábete que habrás hecho una escelente meditacion, ó á lo menos lograrás el fruto de la mas perfecta oracion, si á la mañana determinas en particular lo que has de hacer en aquel día para merecer el cielo. Este ejercicio es escelente.

2 Los propósitos generales, por lo comun, de nada ó de poco sirven; en orden á los actos de virtud se ha de descender á cosas particulares. Determina, pues, ciertas acciones, ciertas obras, ciertos ejercicios espirituales, que hayas de hacer puramente por el motivo de tu salvacion; v. gr. una confesion, una comunion extraordinaria; visitar los enfermos en los hospitales, alguna limosna á pobres vergonzantes, una visita de atencion; algun obsequio á aquella persona ó personas de quienes estás quejoso ú ofendido, que no son tus amigos; una visita al santísimo Sacramento y otros semejantes.